

Últimas voluntades

El tercer domingo de cada mes lo pasábamos velando el cuerpo de mi abuela. La costumbre se remontaba varios años atrás, cuando el tercer domingo de un mes de marzo a mi abuela le dio un achuchón y tuvimos que ingresarla de urgencia. Setenta y seis años tenía la mujer entonces, pero ya nos dijo el doctor que estaba como una chavala, que duraría un montón más y que no había de qué preocuparse. Pero mi abuela se preocupó, vaya si lo hizo. A los dos días, tras darle el alta, nos reunió a todos en casa para darnos instrucciones: a mi abuelo, a mis padres y a mí, su nieto preferido, como ella solía llamarme. Solo tenía un hijo y yo no tenía hermanos, pero si alguna vez se lo recordaba, ella respondía que de haber tenido cien nietos más, con seguridad yo seguiría siendo su favorito.

Por entonces yo tendría unos doce o trece años, no recuerdo bien, y aquello me pareció una especie de broma macabra. Pensé que en realidad el vahído de la abuela había sido más grave de lo que los médicos nos habían dicho y que, probablemente, algo en su cabeza se había aflojado. A juzgar por las caras de los allí presentes, nuestros temores parecían ser los mismos. Esa tarde la abuela presidía la mesa. Iba muy arreglada siempre, de pies a cabeza, como si todos los días fuera a ir de boda o de bautizo y perfumada con ese olor tan característico en ella, un olor inconfundible y evocador, que a día de hoy todavía descubro en algún rincón. Un aroma que de forma inesperada me asalta en algún ascensor o en la cola del supermercado y trae hasta mí el recuerdo de aquella mujer.

El caso es que esa tarde la abuela nos comunicó que a partir de entonces cada tercer domingo de mes tendríamos que ensayar su velatorio. Tras el anuncio hubo algún amago de crítica, que enseguida fue ahogado con un fuerte puñetazo sobre la mesa. Mi abuela era una mujer contundente en todos los sentidos y sabíamos quién mandaba dentro de esas cuatro paredes. Por si las moscas, aquella tarde volvió a dejarlo bien claro.

—Lo del otro día fue un aviso y el de arriba ha tenido a bien darme una prórroga, así que a partir de ahora me encargaré de que esté todo preparado para el día que me llame a su seno. Tiempo hay de organizarnos, aunque no tenemos manera de saber si será mucho o poco. Mañana mismo saldré con el abuelo a elegir ataúd y...

—Pero, madre —intentó interrumpirla mi padre.

—¡No se hable más! Tendréis que respetar la voluntad de esta pobre anciana tanto vosotros dos como este —dijo señalando a mis padres primero y al abuelo después—. ¿Y a ti qué te hace tanta gracia, mocoso?

—Nada, abuela, se me afloja la risa cuando me pongo nervioso. Yo no quiero que te mueras.— Me levanté y me acerqué hasta ella para abrazarla. Hundí mi cabeza en su chaqueta y aspiré fuerte. ¡Cómo me gustaba el olor de la abuela!

En el camino de vuelta a casa mi madre no paró de hablar. Creo que la abuela le daba un poco de miedo y por eso apenas había abierto la boca en su casa, en cambio fue montarnos en el coche y no poder parar. Que si tu madre está loca, que si tal vez deberíamos plantearnos ingresarla en alguna residencia, que si no hay derecho a esto, que si va acabar con la paciencia del pobre abuelo... Por un momento pensé que a mi padre le

estallaría la cabeza, sin embargo él mantuvo la compostura y cuando a mi madre se le agotaron las palabras, él sentenció: “Hay que respetar las últimas voluntades de los muertos, de manera que nosotros respetaremos la suya”. A mí entonces me dio por llorar. Solo imaginar que la abuela se iba a morir, aunque fuera veinte años más tarde, me ponía muy triste.

De manera que este fue el principio de una extraña tradición familiar. Todos claudicamos, pese a tener nuestras propias reservas sobre el tema, y no nos quedó otra opción que acatar las normas de la abuela. El que más perdió, sin duda, fue el abuelo, que aunque era el hombre más paciente del mundo, solo superado por el santo Job, a punto estuvo en más de una ocasión de acabar de verdad con la abuela. Los simulacros, al principio, nos los tomábamos muy en serio, llegando incluso a llorar desconsoladamente alrededor de la cama en la que la abuela yacía. Hasta mi madre entró en el juego y no sé si fue en el segundo o tercer velatorio, cuando llegó a desmayarse. A la abuela no le sentó demasiado bien y días más tarde me contó que estaba segura de que aquello había sido una pantomima de mi madre para quitarle protagonismo a ella. Tiene su gracia que fuera la abuela la que tachara de teatrera a mi madre.

La abuela siempre se moría a las cinco de la tarde, después de haber recogido la cocina y fregado todos los cacharros. Dejaba descansar un rato al abuelo y a las cinco en punto comenzaba a gritar: “¡Ay, Avelino, socorro, me muero!”, para después tirarse al suelo. Al principio lo hacía en mitad del pasillo, pero al abuelo le costaba demasiado arrastrarla hasta el dormitorio y así se pasaba la tarde. De manera que la abuela decidió morir en la habitación y caer directamente sobre la cama, aunque siempre boca abajo, para no ponérselo demasiado fácil a su marido, no se fuera a relajar y llegado el momento no supiera reaccionar. Una vez muerta y tras los consiguientes alaridos de dolor y desesperación de mi abuelo, tocaba desvestirla y ponerle el vestido que cada seis meses compraba para la ocasión. Tan coqueta era que también quería morir a la moda. Al abuelo toda aquella parafernalia le llevaba unas dos horas, teniendo en cuenta que también tenía que peinarla y maquillarla antes de que llegáramos el resto de la familia. Cuando terminaba, el abuelo nos llamaba a casa y, entre hipidos y sollozos, nos decía que la abuela había muerto. Entonces, y mientras esperaba nuestra llegada, bajaba al chino de la esquina, compraba un ramo de rosas de plástico y antes de volver a casa se tomaba un vino en la tasca de al lado. La abuela le permitía la licencia de que las flores fueran de plástico, puesto que el domingo la floristería del barrio permanecía cerrada. En el bar al abuelo lo tenían por un romántico trasnochado y él así lo prefería antes que tener que contarles la verdad sobre las rosas que una vez al mes le llevaba a su esposa.

Nosotros llegábamos a eso de las siete y media y durante dos horas permanecíamos alrededor de la cama. Como ya he dicho, al principio la experiencia nos sobrecogía demasiado y pasábamos la tarde llorando a moco tendido y comentando las excelencias de la abuela, pero con el paso del tiempo la intensidad de los velatorios decayó y hubo tardes en las que alguno de nosotros sucumbió al sueño y no pudo evitar las cabezadas e incluso algún que otro ronquido, sobre todo el abuelo Avelino. Eso a la abuela le enfadaba tanto que en cuanto daban las nueve y media se levantaba enfurecida y tras los gritos de rigor pasaba dos días sin dirigirle la palabra al abuelo.

—¿Eso harás el día que muera, Avelino? ¿Dormirte y roncar en el velatorio de tu mujer? Ni para eso vales ya, viejo chocho.

La abuela tenía un carácter de mil demonios, pero pasados los dos días de mutismo absoluto, volvía a los arrumacos continuos a su marido. Se querían mucho mis abuelos.

Y entre velatorio y velatorio los años fueron pasando hasta que el tercer domingo de aquel mes, a las siete de la tarde, mientras los tres esperábamos ya vestidos de negro frente al televisor, sonó el teléfono. Fue mi madre la que contestó y cuando colgó, al ver su cara, pensamos que aquella tarde tal vez se había metido demasiado en el papel. Pálida, con el gesto descompuesto y los ojos anegados en lágrimas nos dijo: “Era la abuela. El abuelo ha muerto.” La noticia nos descolocó tanto que, pese a todos los ensayos que llevábamos a nuestras espaldas, nos costó reaccionar. Nadie sabía dónde estaban las llaves del coche, ni a quién había que llamar, ni por qué narices el abuelo se había muerto así, de repente, sin avisar.

Nos lo encontramos en el sofá tumbado, como siempre, esperando a que la abuela lo despertara con sus gritos de auxilio antes de morir. Sin embargo, aquel tercer domingo de mayo, no la oyó. La abuela se enfadó mucho entonces, con el abuelo por haberse muerto antes que ella y con Dios por no haber avisado al abuelo antes de llevárselo para siempre, así que, tras el entierro, decidió poner fin a sus propios velatorios. Durante unos años hasta dejó de ir a misa, pero con el paso del tiempo le entró miedo y volvió a acudir todas las semanas, no fuera que, llegado el día, Dios la mandara lejos de su Avelino.

Tardó muchos años en morirse mi abuela y cuando lo hizo no era domingo, ni tan siquiera era la tercera semana del mes. Imagino que estará junto a mi abuelo, cuidando de él como siempre hizo, y lo más probable es que todavía no nos haya perdonado que el día de su muerte no la veláramos en casa, sobre su cama, sino que lo hiciéramos en la sala del recién construido tanatorio del pueblo, que tuvo el honor de tener como primera invitada a mi abuela.